

LUIS TAMARGO

NO HAY DISTANCIAS

SANTANDER

2006

© Luis Tamargo Alonso

luistamargo@saludalia.com

Santander, 2006.

Depósito legal: CN-104-04.

A las mujeres de mi familia

Índice

Prólogo

NO HAY DISTANCIAS

Cualquier esquina
Un señor de gris
Anoche en el lago
No hay muros
Un caso aparte
Vecinos lejanos
No tiene precio
Cambio de aires
El terraplén
Demasiado de prisa
Siempre amigos
Cautivos
Media distancia
El reportaje

PRÓLOGO

Al movernos por el paisaje de las creaciones artísticas, siempre luchan entre sí la magnificencia de lo grandioso frente al intimismo del sentimiento. Ambos son compatibles, complementarios y necesarios. Según los momentos podemos preferir escuchar una sinfonía de Beethoven más que una sonata de Mozart, podemos contemplar con más deleite una Anunciación de Fra Angélico que un óleo de Rubens, o encontrar más placer sintiendo en nuestras manos una porcelana china que acariciando un mármol del Partenón. Por razones similares, deambular por las recoletas calles de una pequeña aldea puede producirnos más satisfacción que el esplendor de un paseo por los Campos Elíseos.

La grandeza de las catedrales góticas nos asombra y nos maravilla, pero nuestra devoción no se mueve por sus dimensiones. El intimismo religioso encuentra mejor acogida en una humilde iglesia mozárabe, en una pequeña capilla. De la misma manera que el barroco sonido de un órgano que hace vibrar una fuga de Juan Sebastián Bach, no tiene porqué ser superior al chisporroteo de una vela bajo un pequeño icono bizantino. La belleza de las cosas no depende de su tamaño, sino del sentimiento que genera en quienes las contemplan.

Existen creadores que deslumbran por su exuberancia, por la genialidad de su lenguaje. Los versos de Calderón no pueden compararse con la sencillez de Gutiérrez de Cetina, ni Corneille con Verlaine, ni Shakespeare con Oscar Wilde o Goethe con Rilke. Junto a los autores que nos sobrecogen, abrumados por su grandeza en un síndrome de Stendhal que nos inmoviliza. Pero también existen los maestros del intimismo, aquellos que hilvanan experiencias personales y las transfieren de tal forma que al acabar su lectura, te inunda una sensación de bienestar o inquietud que te unen fuertemente al autor.

De igual forma, existen músicos que embargan el ánimo en la grandeza sonora de hermosas composiciones orquestadas y otros que sólo precisan de las delicadas notas de un piano, o el intimismo de un grupo de cámara para transmitir el inmenso lirismo de su obra. No se requiere un gran coro para transmitir la belleza de un canto, a veces son

más sugerentes unas voces “ a capella”. ¿Quién nos llega mejor al corazón, “Carmina Burana” de Orff o el “Ave María ” de Schubert?

Luis Tamargo describe con sencillez un mundo de pequeños cuadros en prosa, donde el lirismo se confunde con la descripción naturalista, con la sugerencia de un lenguaje evocador, con la vivencia personal que trasmite en muchos de sus relatos . La obra de Luis Tamargo posee matices de “literatura pictórica”, donde las sombras, los matices, los claroscuros de sus narraciones nos recuerdan las brumas marítimas de Turner. Su mundo de ensueños nos aproxima, en ocasiones, al sorprendente René Margritte, sin que distingamos bien si la luz o la noche dominan el cuadro. Pero donde sentiremos más próximo el hálito de Tamargo será con la obra de un pintor americano, Edward Hopper, auténtico genio de la nostalgia, la sencillez y la soledad. Cuando se contemplan sus escenas urbanas o el intimismo de sus habitaciones, nos invade una atmósfera de sencillez y auténtica realidad envuelta en poesía.

En esa mezcla de Margritte, de Hopper, de Fra Angelico, de Rilke, de Chopin, de los anónimos canteros mozárabes, de la sencillez de una fila de chopos a la vera de un riachuelo, se mueve Luis Tamargo.

Pleno de metáforas originalísimas, -“ojos inertes de madera vieja”-, con descripciones oníricas donde la imaginación y el ensueño se confunden en dentro de una inquietante niebla poética -“tenue sombra en un laberinto de misterios presentidos”-, de desconcertantes sueños con evocaciones kafkianas -“Algo habrá hecho”, “Callejón perdido”-, de inquietantes vivencias kafkianas -“Vecinos lejanos”- o de íntimos deseos -“Siempre amigos”- la prosa de Luis Tamargo se desliza suave para sugerir múltiples sensaciones al lector. En ellas la descripción de un mundo de vivencias íntimas, de velados temores, se entrecruza con la realidad vivida, con el ensueño anhelado, y la amargura de las experiencias personales se sublima en la poesía de los sentimientos sencillos.

Así escribe Luis Tamargo. A muchos nos gustaría sentir como él.

JAVIER DOMENECH

CUALQUIER ESQUINA

*“-Mire, doctor, fue el viento pardo...
El médico se enfadó”.*
Ignacio Aldecoa.

La ciudad callaba, sólo un viento racheaba las calles vacías mientras los perros más madrugadores vaciaban los contenedores en busca de algo más provechoso que el frío. Un bote de lata calló al suelo y, con estruendo, rodó hasta sus pies, pero no se inmutó. Los plásticos volaban en traviesas filigranas, y una hoja de periódico chocó contra su rostro; tan sólo resopló, el viento volvió a llevarse el papel de nuevo. Era la esquina de Ron, él ya no se acordaba desde hacía cuánto. Envuelto entre cartones se hacía el remolón para despertarse, además, la helada mañana tampoco ayudaba; poco a poco se desentumecía. Algún vehículo aislado anunciaba el amanecer de otra jornada gris al borde del empedrado, duro, pero ya familiar. Se incorporó con perezosa lentitud, casi hasta sentarse, porque aquello le llamó atención, si algo había capaz aún de sorprenderle entre aquellos andurriales. Enfrente, un furgón blindado aparcó haciendo rechinar las ruedas al subir sobre la acera. Ya lo había visto en tres o cuatro ocasiones anteriores, de los más de once años que llevaba sobreviviendo en los alrededores de su esquina predilecta. No tenía otro lugar adonde ir; tampoco es que le hubiera tomado cariño al sitio, pero allí aguardaba algo, lo sabía, tal vez aquella vez fuera la señal...

Los cuatro hombres que descendieron del furgón abrieron las puertas traseras: uno subió rápido los escalones que conducían al Museo de Arte, junto al Conservatorio, para abrir la entrada principal, mientras el conductor sujetaba el portón del vehículo. Los otros dos cargaron el peso de un enorme paquete embalado, que introdujeron al Museo con cuidado de no tropezar en los escalones. Ahora no tardarían en salir y cargar con otro pesado paquete, quizás varios en esta ocasión, si hubiera suerte.

Cuando finalizaron la descarga los hombres volvieron al interior del vehículo, y no fue hasta que desaparecieron de su vista, cuando Ron se decidió a reincorporarse del todo. Cruzó la calzada y enfiló la calle cercana, un tanto tambaleante, hasta dar vuelta a la manzana; allí descendió por las escalinatas del puente y se adentró en el túnel, no sin

mirar hacia atrás de continuo, receloso. Después de asegurarse de que nadie venía detrás, se agachó, levantó la tapa de la alcantarilla y se introdujo en la cloaca. "Por fin en casa", se animó. Se atusó los bigotes y aplastó las barbas con las palmas de ambas manos, para darlos forma y, confiado ahora en la intimidad del hogar, aprovechó para estirarse, igual que sus vecinos los gatos callejeros.

Luego se adentró por aquel laberinto de pasillos que conocía a la perfección, era capaz de recorrerlo sin necesidad de iluminación, después de frecuentarlo durante tanto tiempo. El hedor resultaba pestilente a medida que avanzaba hacia el fondo, y la oscuridad era absoluta; el ruido silbante de las ratas le orientaba, incluso tropezó con alguno de sus cuerpos blandos, antes de llegar al muro. Palpó en cuclillas el borde del zócalo hasta dar con la estrecha trampilla a la que la faltaban dos barros. El óxido y la erosión de la humedad habían hecho el trabajo, aunque también él contribuyó limando sus extremos durante interminables meses de ocioso aburrimiento. Se dejó rodar y pasó al otro lado, un reducido tabique de separación que por seguridad bastaba para albergar a una persona. Ahora la claridad se filtraba en forma de minúsculos puntitos por la rejilla de ventilación. La desmontó sin dificultad, había ensayado durante años aquella maniobra, y todo estaba listo, preparado para ser usado cuando llegase el momento.

También conocía de memoria la distribución de aquel almacén interior, perteneciente al Museo, y los tesoros que, en escrupuloso orden, descansaban entre sus paredes. Se había paseado a sus anchas entre ellos, curioseando su posible valor, sin prisas, a la espera de que todos los factores aledaños favoreciesen la circunstancia idónea; algo le decía que, al igual que en las anteriores ocasiones, había llegado la hora de actuar. Buscó entre los enseres y enseguida localizó el nuevo material que acababa de entrar al Museo; el enorme cuadro se apoyaba contra dos columnas ya sin embalaje. "Demasiado grande", pensó. Desembaló una de las cajas y se fijó en un candelabro de cuatro brazos de oro. Ahora sí, junto a los estantes, halló los dos lienzos que ya antes había elegido, y no tardó en liberarlos de sus bastidores, enrollarlos y salir por donde había entrado. Encajó de nuevo la rejilla y se deslizó bajo el tabique. Algo más adelante se desvió en una de las galerías, posó el preciado cargamento y, a tientas, dio con el adoquín suelto del que extrajo su enorme bolso de viaje. Se quitó la roída y maltrecha gabardina, que dobló en el hueco libre de la baldosa, y la sustituyó por un grueso abrigo de ante. Volvió a enrollar los lienzos despacio y, con

el candelabro, los metió en el bolso. Antes de salir prestó atención a cualquier posible ruido anómalo en el exterior y, una vez se aseguró, abandonó la alcantarilla.

Desde el final del puente hasta el Parque Central, apenas separaba un centenar de pasos antes de encontrar la primera boca de metro. Ron se apostó a la entrada del vagón, mezclado entre los demás pasajeros, sin soltar su maleta de viaje, mientras escudriñaba con interés cada señal; quedaban cinco paradas, quince escasos minutos para llegar a la estación de trenes.

Ron sabía que con ese mismo intervalo de tiempo un ferrocarril de cercanías le dejaría en su destino. Lo tenía tan cerca y lo sabía tan bien que, quizás por eso, no lo repetía con asiduidad; sólo en ocasiones señaladas, como aquella, cuando todo parecía concordar y obligarle a regresar a casa.

Distinguió el letrero del andén antes de que el tren comenzara siquiera a frenar. Cuando descendió evitó la salida principal y, por un lateral, se alejó del concurrido centro del pueblo. Un camino vecinal se adentraba entre fincas y huertas colindantes y, al fondo, podía vislumbrarse la silueta del castillo medieval, circundado de viñedos, que se abría grandioso a medida que se iba aproximando.

La sirvienta, una señora mayor de uniforme, fue la primera en salir a recibirle, nerviosa, aunque acostumbrada a estas bruscas apariciones del señor Barón. Antes, hizo sonar la campanilla para advertir a su marido de la presencia del amo, que acudió raudó; ambos ancianos cuidaban del palacio y se ocupaban durante todo el año de los quehaceres necesarios de su vivienda, era su trabajo.

—...¡Señor, no sabíamos...!

El Barón no le dejó continuar, con un gesto de su brazo saludó, breve, al tiempo que interponía un margen prudente de distancia.

—Prepáreme algo caliente, no dispongo de mucho tiempo.

—¿Cómo las otras veces, señor Barón? Entonces querrá que...

—¡Sí, como siempre! —le interrumpió de nuevo, tajante, mientras accedía sin detenerse a la gran escalera de caracol que conducía a los aposentos.

Una vez arriba, el Barón desenrolló los lienzos y, de un armario bajo, sacó un hatillo de herramientas de mano: un martillo pequeño de carpintero y cuñas de madera de diferentes tamaños. Dedicó el resto de la mañana a montar las telas sobre la nueva estructura. Finalmente los contempló sin ocultar cierto gesto extasiado, ya colgados en su ubicación definitiva. En el centro del salón, sobre la mesa, el

candelabro de oro lucía todo su brillo. Se acercó al cuadro más grande y acarició la firma, que deletreó...

—...T i z i a n o...

No consiguió, sin embargo, distinguirla en el otro; lo dificultaban dos iniciales un tanto borrosas. En los últimos diez años aquella habitación había multiplicado su valor; las pinturas llenaban la estancia con un aire sobrio, distinguido, propio de una auténtica mansión señorial.

Cuando bajó, la pareja de ancianos le esperaba junto a la entrada, al pie de la escalera. Ella aguantaba entre las manos una taza de consomé ya templado, que el Barón bebió en dos largos tragos. Después, les dirigió una mirada contenida de solemnidad, a modo de despedida.

—...Los negocios no pueden esperar.

Le vieron salir a grandes zancadas, ligero, sin otro equipaje que su bolso vacío, acostumbrados a sus espaciadas idas y venidas sin anunciar. Le conocían desde la infancia; ya trabajaban allí cuando vivían sus padres y, después de su fallecimiento, aún continuaban. Con la desaparición de la señora, no obstante, el Barón cambió la apática ociosidad por los viajes de negocios, cada vez más prolongados.

Ron apresuró el paso dentro del camino vecinal, ya podía presentir el ajetreo de la estación con su murmullo de gente. Más allá, al otro lado, la ciudad aguardaba en una encrucijada de calles mudas, cómplices, donde la vida se disfrazaba de asfalto para, tal vez, un día volver a sonreírle a la vuelta de cualquier esquina.

UN SEÑOR DE GRIS

Ahogó el temblor de la noche con otro trago, pero las rayas del paso cebra bailaron como las teclas de un acordeón. Casi al final, trastabilló en el borde de la acera y, sin caer, consiguió abrazarse a la farola salvadora que salió a su encuentro. No había tráfico ni gente paseando a aquellas horas. Algunas estrellas parpadeaban, pero hacía tiempo que había dejado de mirar hacia arriba. Divisó la silueta metalizada de la estatua a la entrada del parque, tras el seto contiguo, estaba su campamento, aunque ya no recordaba desde cuándo. Dirigió sus pasos tambaleantes hacia la escultura, y por fin, se sentó a sus pies, aliviado de haber llegado con la botella intacta. Aquella no era su ciudad, pero hacía tantos años que vivía allí que ya no quería acordarse de la otra casa que perdió, ni de su esposa, ni del trabajo. Aunque quizás no fuera ése el orden, y primero le abandonó ella y, luego, se entregó a beber sin cuidado... Sólo a él se lo había contado todo, al paciente personaje de aquella estatua desconocida, venerada en su silencio, pero también por ello confiable.

A veces le parecía estar hablando a voz en grito, pero lo cierto es que mantenía una conversación interior consigo mismo, hablaba y se hablaba, sin orientación, para volver al comienzo de una rueda donde resultaba imposible discernir el final. Por eso bebía, para dejar de escuchar la continua perorata, para evitar descubrir que su sordera venía de adentro. Podía estar durante horas contando sus penas a aquella estatua aunque sólo la estuviera mirando, pero ella le escuchaba atenta, sin perder detalle, condolidada y seria, prestándole el mínimo honor merecido. Incluso después, a lo largo de la jornada, sin importar por dónde vagaran sus pasos, la tenía presente y comentaba sus devaneos, para luego, de regreso, retomar el asunto con un familiar: "...Ya te dije, amigo, que no era ése el camino, pero aquí hemos llegado".

Apuró un trago más, apoyado de espaldas a la estatua, con las piernas estiradas hacia el seto, antes de guardar la botella bajo el gabán. Eran muchas voces las que se agolpaban en su cabeza mareándole, pero un sexto sentido le advirtió que aquellas que vociferaban con estridencia, venían del exterior... Fue ese mismo sentido el que le despertó de repente a una realidad olvidada, sabía que corría peligro, se lo habían contado en las calles del centro, donde seguir viviendo así, para

algunos de los que conocía, se había convertido en un infierno. A su amigo Jonás le quitaron de en medio el pasado invierno, mientras dormía envuelto entre cartones...

—¿...Qué te dije, amigo? —increpó a la estatua, reclinándose resignado a sus pies, incapaz de mover un músculo.

Las voces aumentaron el tono agresivo a medida que se aproximaban y sumaban a los improperios el ruido de porras y cadenas... Todo le daba vueltas, demasiado aprisa para entender o para tratar de hablar.

Cuando regresó del fondo de la noche lo hizo poco a poco siguiendo el rastro de una pregunta:

—¿Está usted bien, oiga...?

A su alrededor las sirenas luminosas de las ambulancias anunciaban una mañana distinta. El agente volvió a preguntarle, en cuclillas junto a él, mientras otros policías examinaban el resto de los cuerpos diseminados por el parque. Uno de los inspectores se acercó a ellos, observó las huellas de sangre que salpicaban las botas y el sable de la estatua del Libertador...

—No ha podido ser él, está como una cuba... —explicó el agente.

—Todos presentan herida de arma blanca, muertos, no ha quedado ni uno... ¡Vaya refriega! ¿Puede respondernos?

—¿...Oiga, qué ha pasado aquí?

—...Ellos vinieron por mí, no les hice nada. Venían por mí, y un señor de gris les atacó, yo no les había hecho nada, nada...

—¿...señor de gris? —los policías cruzaron sus miradas. El pestilente olor a alcohol les obligaba a echarse atrás.

—Vamos, oiga. No puede quedarse ahí, necesita asearse y tendrá que responder algunas preguntas para nuestro informe, vamos...

El vagabundo, a duras penas, se incorporó apoyándose en el pedestal de la escultura al tiempo que balbuceaba un sentido: "...Gracias, amigo!". El inspector le escrutó con detenimiento. A veces hablaba tan alto que no sabía si lo que se decía a sí mismo lo escuchaban los demás... Mientras se dirigía al furgón, acompañado por los agentes, volvió la vista atrás para despedirse de su hogar. La estatua custodiaba la entrada al parque, callada y firme, imperturbable al silencio, en medio de la soledad.

ANOCHE EN EL LAGO

—...Anoche en el lago.

—¿Es entonces cuando lo encontré...?

—Sí, lo encontré anoche en el lago...

Aguantaba cada embestida de preguntas con una fría parsimonia; su voz pausada no vacilaba.

—Pero, ¿puede saberse...? —el agente que interrogaba moderó el tono—
¿...Qué hacía usted allí a esas horas, oiga?

—Vuelvo a repetirles, señores, que nací aquí, en Los Llanos, a orillas del lago. Vivíamos junto al aserradero, mi padre trabajó allí. Cuando lo cerraron, tuvimos que marchar a Calton, yo entonces tenía catorce años. Soy profesor de literatura en el Instituto de Calton, y vengo a Los Llanos siempre que tengo ocasión. Me gusta pescar, ¿sabe?... en el lago se dan unos barbos excelentes, conozco la zona.

Al otro lado de la cristalera, el inspector Ródenas escuchaba, contemplando la escena con una atenta pulcritud de cirujano, mientras el Jefe de Policía le relataba los pormenores del hallazgo.

—Días atrás ya nos habían alertado. Algún cazador de patos divisó una columna de humo. La patrulla que envié al lugar le encontró tirado en el suelo, desvanecido, junto a uno de esos bultos negros de plástico. Pero enseguida se reanimó en la Central, ese café de máquina hace hablar hasta a los mudos...

Cuando llamaron a la puerta, ambos se volvieron. Era el agente responsable del reconocimiento, que traía las últimas novedades...

—Adelante, teniente, ¿hay algo nuevo?

—Señor, hemos hallado restos de su presencia en la cabaña contigua al aserradero, víveres, algunas conservas, latas de bebida y una fogata donde se preparaba pescado. También un viejo camastro, apolillado, con mantas revueltas; debía de pernoctar ahí, señor.

Sus miradas se volvieron al interior de la sala de interrogatorios. El hombre continuaba respondiendo al grupo de agentes sin dar muestras de duda o inquietud, incluso sin ahorrar todo tipo de detalles en su explicación...

—No, no tengo vehículo. El tren me deja en Los Llanos y el lago está cerca, si tomas la desviación. De muchachos, íbamos a pescar también por ese atajo. La noche pasada me adentré en el lago, llevaba varias horas con la caña quieta, sin señal alguna de movimiento en las aguas.

La suave corriente, imperceptible, mecía la espera en la barca, con los remos recogidos, cuando observé que el hilo se tensaba de súbito. Aquello era muy pesado, debía de haberse trabado en algo, así que tiré, aunque sin éxito. Sujeté firme la caña y remé hacia el aserradero, a duras penas, conseguí arrastrarlo. Era un saco de lona negra, medio abierto; lo rompí con cierto reparo para ver el contenido... Pero sólo recuerdo que me desmayé, que caí sin sentido ahí donde me encontraron ustedes...

Al inspector Ródenas se le escapó un improperio tras la cristalera invisible:

—¡Maldito hijo de...!

El Jefe de Policía se dirigió al encargado del reconocimiento:

—Prosiga, teniente...

—Señor, se han encontrado dieciocho bultos como ese, lago adentro; no descartamos que aún haya más, los equipos de buceo están ahora rastreando la zona.

—¿...Y? —conminó con urgencia Ródenas.

—Cada bulto revisado, señor, contiene lo mismo: un cadáver de una persona, desmembrado, todos mutilados. En su mayor parte descompuestos, algunos sólo huesos, quizás los que lleven sumergidos más tiempo. Todos con una piedra de gran peso en su extremo para quedar anclados al fondo. Ése, el primero hallado, debió de soltarse... Se trata de una mujer joven, rubia, probablemente sea la que desapareció en Bezin la semana pasada.

Al inspector Ródenas no le hizo falta escuchar más, era su turno. Cuando giraba el pomo para acceder a la sala del interrogatorio, el Jefe de Policía le dirigió unas palabras conciliadoras:

—Con calma, Ródenas...

El inspector se colocó frente al hombre sin otra arma que una especie de rabia contenida.

—¿Por qué nos miente, oiga...?

—¿Cómo dice? Les he contado todo lo que sé, la verdad...

El inspector se armó de paciencia:

—Hace cuatro años que usted no da clases en Calton, desde aquel asunto con una de sus alumnas. A ella nunca la encontraron, tampoco hubo pruebas y al Juez no le quedó otro remedio que ingresarle en un Sanatorio Mental. Más de la mitad de ese tiempo lleva usted fugado del Sanatorio, durante el que ha permanecido oculto a orillas del lago. Con total impunidad, usted, se mueve en tren desde Los Llanos a otras poblaciones de la comarca. La muchacha que descuartizó la noche

anterior es la desaparecida que buscábamos; es seguro que comprobaremos los datos del resto de cadáveres. Tal vez el olor hediondo o un desvanecimiento de hambre o debilidad le impidió ayer completar el final de su macabra operación.

La mirada fija del hombre se tornó neblinosa y, cerrándose sobre sí, dejó que el peso de la barbilla se hundiera en el pecho.

—Ahora usted no va a regresar al Sanatorio. Por fin, el Juez le enviará a la prisión para siempre. —prosiguió el inspector sin tomar respiro.

—¡Llévenselo, agentes! Aparten esta carroña de mi vista.

Al salir de la sala, el Jefe de Policía le apretó el brazo con complicidad:

—Bien, Ródenas... ¿Un café?

—Se me quitó el apetito. Mañana será otro día...

—Hasta mañana, Ródenas.

Arrancó el auto y se dirigió a Los Llanos, sólo deseaba llegar a casa para descansar, tampoco cenaría esa noche, sólo dormir, olvidar tanto desatino. Ni siquiera se fijó en el amanecer, en el abanico de rosas y naranjas que teñía el cielo y que se reflejaba en las aguas calladas del lago.

NO HAY MUROS

Tenía la coartada perfecta; había quedado después del trabajo con Marcia, antes de la cena. Giulio llevaba largo tiempo dándole vueltas a aquella idea, y había decidido llevarla a cabo esa misma noche. Quería, de una vez por todas, cambiar algo para que en el rostro de su madre se instaurase la sonrisa. Siempre la había escuchado maldecir, descontenta, siempre a disgusto con sus dos hermanas, dos tías con las que jamás tuvo contacto alguno. Tan sólo las conocía por la historia contada por su madre, repetida hasta el desencanto; no le gustaba verla triste, no, a nadie puede agradarle eso. Ni siquiera cuando la oía planear su mal ni cuando el rencor la poseía, tampoco ese efímero triunfo le bastaba. Deseaba que la felicidad se adueñara del gesto de su madre, sobre todo ahora que él se sentía así, tan enamorado y feliz junto a Marcia, su novia.

Se conocieron desde adolescentes y ya iban para su cuarto año de noviazgo, sabía que era su amor. Cumpliría la mayoría de edad el año próximo y comenzaría a trabajar de empleado fijo en el taller mecánico; ansiaba tener entre sus manos el carnet de conducir, los coches eran su pasión, sí, después de Marcia, claro.

Un par de meses atrás, había muerto el abuelo, vivió con ellos sus últimos años y nunca llegó a comprender del todo las diatribas y enconadas discusiones que entablaba con su madre, aunque parecía vislumbrar algo de luz al respecto, ahora que su madre no cejaba en continuar sus lamentos, sus reproches en voz alta contra las hermanas ausentes. Si aquellas amenazas iban a conseguir traer la paz, tan añorada, él se iba a encargar de cumplirlas: los terrenos del abuelo ocupaban una vasta extensión de aquella comarca ganadera, representaban una golosa tentación para las constructoras, que rastreaban la zona en busca de parcelas favorables para su negocio. Al fin, su madre logró lo que con tanto ahínco había perseguido, hizo que el abuelo, demasiado mayor para oponerse, cambiara el testamento a su favor, hasta entonces repartido a partes iguales entre las tres hermanas. Ya sólo necesitaba el espoletazo definitivo que provocara el estallido; deberían ser ellas las que interpusieran la demanda, pues ni siquiera pensaba darles el placer de pagar las costas del juicio, donde todo estaba dispuesto en su favor...

Mientras se aseaba para salir, Giulio repasó mentalmente cada uno de los pasos de su oculto plan. Al caer la tarde se acercaría con el coche hasta el muro de piedra que separa las lindes, a esas horas apenas hay tránsito; le bastaría con un leve empujón para derribarlo. Se imaginaba el gesto despechado de sus desconocidas tías, pero, sobre todo, la faz satisfecha de su madre, relajada al verse las caras frente al estrado. Sí, ya era hora de que su madre también sonriera, era su turno. Nadie lo vería en plena oscuridad; después, debía bajar hasta el pueblo sin las luces puestas, no se trataba de un trecho demasiado largo, pero lo conocía de memoria, ya antes lo había recorrido con Marcia, cuando buscaban algo de intimidad. Antes de ir al encuentro de Marcia, que le aguardaba en la verja del palacio consistorial, quería dejar el vehículo en el aparcamiento del taller, de ese modo no existiría ningún detalle que lo involucrara.

Al llegar junto al muro, dejó caer la trasera con suavidad para evitar cualquier ruido. Empujó con fuerza marcha atrás, pero sin éxito; además cabía el riesgo de que el muro, casi tan alto como una persona, cediese del lado suyo y aplastara el vehículo. Las ruedas echaban humo y se encontraba empapado en sudor; aquella misión le estaba costando mucho más de lo que se había imaginado. Pisó a fondo el acelerador y, con un giro brusco hacia delante, se alejó justo antes de que el muro cayese destrozado en innumerables pedruscos desperdigados.

—...¡Por fin, ya está!

Ahora le quedaba bajar a ciegas, sin encender los focos. Giulio enfiló la pendiente que conducía a la población, se había hecho demasiado tarde. Aprovechó la inercia de la cuesta abajo para ganar tiempo y velocidad cuando tropezó con algo que no pudo distinguir en la oscuridad. El coche se tambaleó a un costado, después de haber arrastrado el tropiezo durante varios metros y, asustado, Giulio maniobró para pegarse de nuevo a la valla. La oscura silueta de los setos recortado en la noche le desorientaba y contribuía aún más a su nerviosismo. Por eso suspiró aliviado al distinguir la iluminación de la carretera local, encendió por fin las luces y se incorporó a ella con lentitud.

Aparcó según lo previsto, junto al taller mecánico; comprobó después la defensa trasera, apenas un rasguño de la presión contra el muro. Luego, introdujo las llaves del coche en el buzón del taller, allí las encontraría a la mañana siguiente el viejo Ramos, como tenían por costumbre. Miró el reloj preocupado mientras, a la carrera, se dirigía a

la cita con Marcia. Bajó a saltos la escalinata de la plaza central, componiéndose el cabello y las ropas antes de llegar al lugar del encuentro, pero Marcia ya no estaba... Se lo había estado temiendo durante todo el maldito trayecto, aquel muro se había resistido tanto en caer...

—...Mañana se lo explicaré. —se consoló de regreso a casa.

Sin embargo aquella mañana le costó desprezarse, no era habitual en él dormirse ni faltar al trabajo. Se despidió de su madre sin desayunar. Tampoco era el único en llegar tarde, el taller seguía cerrado; al viejo Ramos también parecían habersele pegado las sábanas. Por instinto siguió la ruta de sus pasos en la noche anterior, le pareció escuchar voces y se asomó a la escalinata. Entonces distinguió el revuelo que formaba aquel grupo de gente junto al ayuntamiento. El viejo Ramos se encontraba entre ellos, en cuanto le reconoció se dirigió hacia él en un falso tono sosegado:

—...Giulio, hijo, ¡una lástima, hijo! —mientras posaba una mano en el hombro del muchacho.

—¿Qué pasa? No entiendo...

—La encontraron hecha un nudo junto a la valla de la cuesta antigua, hijo... —Ramos se lamentaba sin despegar la vista del suelo—. Después de atropellarla huyeron, Giulio, la abandonaron allí, malherida, sin auxiliarla, hijo... El párroco asegura que está muerta, la pobre Marcia, muerta...

También la mirada de Giulio permanecía ausente, se acordaba con claridad de dónde echó las llaves, pero no recordaba con qué parte chocó del vehículo; aún no tenía el permiso, pero nadie le había visto, no podían implicarle. Ya no escuchaba las palabras huecas del viejo patrón, un largo escalofrío le impedía atender, mientras un muro invisible se erigía delante suyo... Algo parecido a la voz de una amenaza le condenaba, tardaría toda una vida en volver a sonreír.

UN CASO APARTE

La primera parte del plan se había cumplido. Una vez en el aeropuerto no fue complicado localizar el vehículo que el comisario le dejó en el lugar especificado. En consigna preguntó por el sobre a su nombre, que previamente el jefe Paul depositó con las llaves. Luego, atravesó la animada ciudad de Gourbitz para dejar a un lado la autovía y enfilarse dirección a la comarcal. Ya asomaban hilos rojos de sol en el cielo de la tarde, cuando cogió la carretera que debía llevarle a la ciudad de Valbonne. Estaba acostumbrado a viajar, aunque amparaba con ansia la idea de que algún día se estableciera el orden en su muy ajetreada vida. Pero, ahora aún había que trabajar duro para llegar a ese premio, además, le gustaba su profesión y tampoco le iban mal las cosas. Su afamada reputación en los casos más enrevesados había traspasado fronteras y, sin tardar demasiado, a este paso, alcanzaría su propio despacho dentro de las dependencias del Organismo General de la Policía Estatal. Había logrado avanzar a base de concienzudo esfuerzo, esquivando las emboscadas, que sus colegas competidores le tendían, en un acoso despiadado por ascender en el escalafón, pero ante el talento han de apartarse las malas artes y, de este modo, con elegante soltura, se encontraba a un paso de ganar la bien merecida Jefatura. El caso que le había traído a Valbonne era, por tanto, algo más que un acertijo para un simple detective y, por ello, estaba él allí. La comarca llevaba largos meses padeciendo las fechorías de una especie de maniaco compulsivo y, cuando esto sucede, se traduce en hechos tan relevantes como el miedo que aflora a los rostros y en las costumbres de sus habitantes, que cambian para dejar de ser normales. Valbonne no es una gran ciudad de rascacielos sino un antiguo barrio, anexionado con los años, y transformado en zona residencial, tranquilo y pacífico, de casas unifamiliares con jardines, de huertas y parques. Quizás, el acaudalado nivel de sus habitantes atrajo las maquiavélicas intenciones de algún perturbado, dispuesto a enriquecerse a base de extorsionar y atemorizar a la población. Entre las hipótesis que se barajaban, era la económica la que prevalecía, pero después de haber

pagado el primer rescate, continuaron sucediéndose los raptos y desapariciones. En su mayoría, el criminal escogía chicas jóvenes, rubias, casi todas bellas, cercanas a los dieciochos años, aunque las dos últimas apenas habían cumplido los dieciséis. Precisamente esto era lo grave, una de las más jóvenes desaparecidas era hija del comisario Paul, y por eso estaba él allí. Se le había encargado la responsabilidad de este caso, su misión consistía en reemplazar temporalmente al señor Paul en sus funciones y resolverlo.

A lo lejos divisó las casas de Valbonne, colgadas sobre la pendiente que bordea el lago. Algunas empezaban a iluminarse a la caída de la tarde, mientras él, al volante, trataba de que la constante afluencia de sus propias cavilaciones no le impidiese el disfrute de aquel hermoso panorama. Tan absorto andaba en esta pugna interna, que le pescó de sorpresa el golpetazo que azotó el cristal delantero del vehículo. El susto le hizo girar con brusquedad, ocupó por breves instantes el otro carril, con suerte de que apenas hubiera circulación en ese momento, y volvió de nuevo, de otro volantazo, para frenar aparatosamente en varias eses, antes de aparcar a un lado del arcén. Salió como una exhalación del coche, tratando de encontrar alguna señal que le indicase la causa de lo ocurrido, pero la misma polvareda que él levantó en la cuneta se lo impedía. Corrió unos metros apartando el polvo en busca de otro vehículo, tal vez una moto o un transeúnte, pero sin éxito. Tan solo divisó el vuelo bajo de un aguilucho sobre una de las peñas que cubrían el otro lado de la carretera. La visión de las peñas con su abigarrada forma y escasa estatura le dio una fantasmagórica impresión, semejaban un bosque petrificado de monstruos deformes que invitaban a huir más que a acercarse. Observó los círculos del aguilucho en su vuelo raso, y cómo se estrechaban antes de posarse sobre la cúpula de la peña. Cuántas veces antes lo había hecho con su abuelo, un nativo del norte, experto en el arte de la caza:

—¡Observa, hijo, el vuelo del águila! Siempre quiere decirnos algo...

Aún le parecía escuchar sus palabras, pero aunque ahora las rapaces estaban protegidas agradeció el hecho de aquel recuerdo entrañable traído a su memoria. De regreso al coche tropezó con algo en el suelo, lo pisó... Un aguilucho se agitaba en el firme de la carretera, destrozado por el impacto. El policía lo examinó, enseguida comprendió que no existía arreglo, el daño era demasiado grande, pero como hacen los nativos del norte, lo recogió con suavidad por las alas para depositarlo en la base de la peña en la que vio a su compañero,

era lo menos que podía hacer. Ahora, por fin, volvió al vehículo y arrancó, aliviado de abandonar aquella zona que las sombras hacían aún más sobrecogedora. La noche había caído, una media luna asomaba sobre el lago y, al fondo, las luces ya anunciaban la ciudad.

Al día siguiente se confirmaron sus sospechas, siempre ocurría así. Su avalada experiencia le había enseñado a cómo desembarazarse del centro de atención que dirigían sobre su presencia los oficiales convertidos en anfitriones. Por mucho que se jactaran de ser muy profesionales, casi siempre trataban de mediatizar al recién llegado, con objeto de ser del equipo ganador y así desengañarse respecto a la supremacía del que viene de fuera. Estaba acostumbrado a ser recibido fría y distantemente, sin embargo, se consoló con la abundante cantidad de información recabada para el caso. Las preguntas de los oficiales fueron incrementándose, a medida que aportaban datos, hasta que el investigador se vio obligado a atacar también con una serie sostenida de indagaciones sobre el modo de proceder con el caso hasta su llegada. Dejar un hueco a las dudas de cómo se había llevado el caso, ante la nada por respuesta, era una manera fácil de crearse contrincantes, pero también le sirvió para apaciguar sus acometidas, ya que tanto unos como otros debían de evitar en lo posible un enfrentamiento entre ambos departamentos y sus respectivos altos mandos. El investigador era consciente que jugaba contrareloj, si no daba con una solución, por mínima que fuera, en un plazo breve, volverían a caer sobre él como alimañas y, además, su propio departamento podría tener motivos para dudar de su intachable historial. Para ser el primer día de trabajo se daba por bien servido, así que regresó a la habitación donde se hospedaba con un montón de carpetas bajo el brazo, quería empaparse de todos los pormenores del caso. Había sido una dura jornada de encuentros y caras nuevas que, añadidos al viaje, no tardaron en hacerle acusar el cansancio.

Aún no había amanecido en Valbonne, y una espesa capa de niebla flotaba dificultando la entrada del nuevo día. El investigador se despertó entre fotografías y papeles, mucho antes de lo que él hubiera deseado. Durante toda la noche le había rondado la imagen del aguilucho revoloteando entre árboles y peñascos, también soñó con el abuelo. No tardó apenas en acicalarse, lo suficiente para estar presentable, y salió sin desayunar, con una sola idea clara en su cabeza, antes de reanudar la tarea. Retomó esta vez en sentido contrario la carretera que sale de la ciudad, enseguida reconoció el grupo de rocas calizas que bordea la ladera. Comenzaba a disiparse la

niebla, y aquel bosque pétreo parecía disfrazarse ahora de lúgubre aldea prehistórica. De cerca, las peñas eran de superficie rugosa y, a pesar de su escasa altura, su aspecto seguía siendo intranquilizador. Buscó la peña donde dejó al ave, tan sólo quedaban unos restos algo diseminados, quizás algún animal montaraz anduvo cerca. Continuó observando el suelo, al tiempo que rodeaba la enorme piedra. Otra roca se apoyaba sobre la peña, dejando un estrecho paso entre ambas... Se asomó con precaución al interior oscuro, y comprobó que la anchura permitía la entrada de un hombre sin dificultad, también percibió un olor nauseabundo. Regresó al lugar donde había dejado el coche, y volvió con una linterna, dispuesto a adentrarse en la grieta. Se tapó las narices con el pañuelo, pues aquel olor era de verdad inaguantable. Avanzó medio encorvado por la pequeña galería natural, hasta dar con lo que había venido temiendo desde que penetró en ella... Primero, los huesos esparcidos sobre el suelo: se distinguían varios fémures, algún peroné; luego encontró los cráneos y, al final, los cuerpos, unos sobre otros, en amontonado desorden, todos decapitados. El espectáculo era sobrecogedor e, instintivamente, se tocó el flanco para comprobar que el arma reglamentaria seguía en su sitio, nadie sabía lo que podría ocurrir. Para sorpresas no podía haber comenzado mejor el día...

Cuando los oficiales descendieron no podían dar crédito al horror que ocultaban aquellas cavidades. Algunos tampoco podían creer que la llegada de aquel policía foráneo trajese la primera luz sobre el caso, y se acercaron en torno a él, sin abandonar sus preguntas, aún más cargados de dudas, tratando de comprobar si aquel personaje era de carne hueso o un héroe privilegiado. El investigador regaló solo un leve susurro a sus oídos curiosos...

—Tuve un presentimiento...

Para los oficiales todo era poco, pero ahora comenzaba una nueva etapa, donde los datos acumulados cobraban diferente dimensión y casi podían acariciar la idea de resolver el enigma. En verdad que aquel policía era especial: al siguiente día de su llegada había resucitado el caso desde un ángulo largo tiempo inimaginable. No estaba del todo resuelto, pero se abrían nuevas vías de investigación y se ponía fin a la segunda parte del plan. Ahora, un nuevo despacho estrenaba Jefatura. El policía atendió la llamada telefónica; el Servicio Mayor puesto al corriente del descubrimiento daba por zanjada la misión, había de regresar al Comisionado Central y, sin desdibujar su gesto impasible, se despidió de sus recién estrenados compañeros entre

un halo de contenido reconocimiento y admiración. Estos siguieron contemplando un rato más la trayectoria ascendente del avión en el que partía, mientras se cruzaban miradas incrédulas...
—¡Vaya, pájaro!... —murmuraron entre sí.

VECINOS LEJANOS

Fue una mañana en la playa, durante sus vacaciones, cuando sintió aquella extraña pulsación en los dedos de la mano. Recordaba con intensidad aquella primera vez, incluso levantó la toalla para observar si, debajo, se hallaba algo que pudiera haberse movido, pues tal fue la sensación al principio. Era un breve latido, primero intermitente, que causaba la impresión de tener la mano dormida; ni siquiera tenía dominio sobre el movimiento. No quiso darle importancia, pensó que se trataría de algo pasajero, pero, luego, volvió a repetirse mientras trabajaba en la oficina. Era la mano entera que, tras un fuerte latido continuado, se quedaba flotando, inerte, como si no le perteneciera. Entonces, no tuvo más remedio que contárselo a Lucy, no quería preocuparla inútilmente, pero la incómoda sensación parecía ir en aumento, y ahora, era el antebrazo el que latía vigorosamente, dejándole anulada hasta la voluntad, tan sólo podía sentirlo.

Por eso fue al médico, siguiendo el consejo de Lucy, y también para calmar su creciente preocupación. Pero Lucy tampoco encontraba nada en apariencia anormal, tan sólo le notaba absorto en ocasiones, tal vez demasiado distante. Ella lo achacaba al exceso de trabajo en el nuevo Gabinete de abogados y a aquellos duros y largos casos, que en el último año le habían ocupado todo el tiempo y atención. También el médico le dio la razón al estrés y, además, en verano resultaba normal que la tensión arterial descendiese algo más de lo habitual. Sin embargo, sus recomendaciones de beber líquido, cuidar la dieta y de hacer moderado ejercicio no convencieron ni apaciguaron lo que ya se había convertido, para él, en algo más que una obsesión.

Aquel persistente latido ya le alcanzaba todo el brazo, se queda así, enajenado, durante un tiempo difícil de determinar para él: no eran minutos, le parecían horas. Lo peor era por las noches, no podía dormir, se agarraba el brazo, intentaba masajearse el hombro, para terminar por aguantárselo, como si se tratara de una parte extraña a su cuerpo. No era dolor lo que le transmitía aquella intensa pulsación, le obligaba a permanecer inmóvil, podía sentir y percibir, consciente, pero sin poder decidir o hacer nada.

Hasta que un día, durante una sesión de trabajo, los compañeros notaron que algo raro le sucedía, incluso el letrado tuvo que suspender la vista judicial ante su repentina indisposición. Lo llevaron al hospital y, sin perder el sentido, pudo seguir cada movimiento de los clínicos para analizar y tratar de curar aquella anómala parálisis, aunque sin éxito. Le alarmó aún más el gesto de asombro e impotencia de los médicos, ni siquiera reaccionó con aquellas enormes inyecciones y, aunque se daba cuenta de todo, le resultaba imposible comunicarse. No sabía decir cuántos días, tal vez semanas, permaneció así ingresado, vigilado, sometido a riguroso tratamiento. El latido para entonces ya era uno con él, le abarcaba el pecho y el otro brazo y, si le hubieran preguntado y hubiera podido responder, habría manifestado que ya no le molestaba tanto, que se había casi acostumbrado...

Pero lo que en realidad deseaba era preguntar, porque desde que lo trasladaron al zoológico, su vida había dado un giro costoso de asimilar. No sólo por el tipo de comida y la sordidez de las instalaciones sino, sobre todo, por aquellos otros compañeros dentro de la celda. Seis de ellos eran como él, se notaba en la mirada triste, no hacía falta que hablaran, pero los otros dos eran auténticas bestias que, con agresivos gestos, amenazantes, intimidaban al resto. Suerte que se mantenían apartados del grupo y ayudaban, así, a no complicar la, ya de por sí, delicada convivencia, por lo que se cuidaba mucho de no traspasar aquella invisible frontera.

Una mañana pudo reconocer entre el público visitante a uno de sus jefes, acompañado de una chica joven, que no era su esposa ni la amante, al menos la última que él llegó a conocer. Además, aunque hubiese podido dirigirse a él, tampoco el aprecio que le dispensaba le habría animado. Sin embargo, la otra tarde, vio a sus antiguos vecinos con sus cuatro hijos, todos niños y todos rubios, de un rubio brillante, de esos que llaman la atención. Estaban bastante crecidos, no había vuelto a verles desde que marcharon a vivir a la costa este. No pudo evitar acordarse de Lucy y los mellizos... Uno de los pequeños rubios tiró al padre de la manga, señalándole...

—¡El gorila!... ¡está llorando, papá!

Tras los barrotes el animal les contemplaba con cierto interés, cualquiera diría por sus rasgos que un lejano parentesco les unía...

—¡Anda, hijo, vamos...! Déjate de tonterías, mira aquellos otros...

NO TIENE PRECIO

Un estrecho brazo de tierra unía la península del recinto al resto de la ciudad. Algo le alertó de que había traspasado el umbral de alguna invisible frontera, tal vez influido por el hecho de que los vehículos no podían acceder. El cielo cambiante del norte estaba hoy claro y la tarde, diáfana de azul, apropiada para el paso calmo y el trayecto breve. Miró el reloj en un gesto instintivo de rutina y, ante la primera bifurcación que salió al encuentro, optó por la senda de su izquierda, que ascendía zigzagueante bordeando la costa suave, ceñida a un mar bravío, que ahora prefería mecerse en una tregua pausada de olas. No quería olvidar que se trataba de un mar fiero, del que en otras ocasiones pudo comprobar su látigo de viento, cuando, enarbolado de su coraza gris, batallaba rudo y rugiente. Atrás quedaban ya, sepultados por el apacible entorno, el murmullo de tráfico y muchedumbres que poco antes le apresaban los sentidos.

Ahora, la costa abría su vereda al paseante para convertirlo en cómplice de la inmensidad que iba descubriendo. Se paró e hinchó los pulmones en un trago hondo, en un intento egoísta por apropiarse de aquel instante preciso. Le inundó entonces aquel sabor a salitre que recordaba de la niñez y, despiertos los poros a la percepción, se sorprendió capaz de escuchar y sentir con inusitada viveza.

Arriba, una nube de gaviotas anunciaba su llegada. El Palacio de Convenciones se erguía majestuoso junto al Parador y, desde lo alto, el panorama se ampliaba para perderse en un horizonte limpio, aunque jalonado de rompientes. Se asomó al acantilado abrupto; enfrente, la costa suave saludaba, entre distante y orgullosa. Volvió a respirar hondo queriendo alargar los segundos, antes de reanudar el camino de regreso.

Inició el descenso a la sombra de los pinos y palmerales que tejían una liviana techumbre de frescor. Se agachó para recoger un par de piñones sueltos, que olisqueó antes de guardar en el bolsillo. Un aroma de resina se expandía de entre los árboles y saturaba la tarde, que se cernía entre apagados cantos de búhos y urracas. Mientras, al fondo, seguían sonando los chillidos intermitentes de las gaviotas vecinas.

Echó un último vistazo a la playa, otra vez el paseo tocaba a su fin; podía divisar el muro de verjas que contorneaba la entrada al recinto.

Tintineó la piel áspera de un piñón dentro del bolsillo, cuando un estruendo de sirenas rompió el sosiego... Un tumulto de gente se agolpaba a la entrada principal, en torno a una columna de humo. Enseguida reconoció a los dos hombres que se acercaban pendiente arriba corriendo hasta él... El jefe de seguridad habló primero:

–¿Se encuentra bien, señor?

–Sí, claro. ¿...Pasa algo?

Otros dos agentes hicieron acto de presencia por el lateral de la costa, y aún se sumaron otros dos que pudo distinguir, apostados en el límite del arbolado.

–Bueno, señor, esta vez el tiro les salió por la culata. El artefacto les explotó cuando lo manipulaban... Hay cambio de planes, señor. Salgamos del recinto por atrás, ya nos esperan.

–...¡Pero es Navidad! Quería acercarme a los almacenes del centro para comprar algún regalo...

–No se preocupe, señor, llegará a tiempo a la cena. –bromeó su jefe de seguridad.

Llegó rodeado de doce hombres al furgón militar que aguardaba al otro lado de las verjas. En su interior, el capitán le tendió un uniforme...

–Debe cambiarse, señor Presidente... Ya sabe.

–Déjeme su teléfono, oficial, necesito hacer una llamada... –casi suplicó en tono urgente, mientras se desvestía.

El Presidente marcó el número de su secretaria:

–¡Señora Donovan! ...Sí, bien, sí... Mire, necesito que me compre un regalo para mi esposa. Una joya, sí... No, otro anillo no. Una pulsera o unos pendientes, cualquier joya, no importa el precio... Bien, estaré en una hora. Perfecto.

Salió del furgón, custodiado por dos oficiales, en dirección al helicóptero que, ya en marcha, les esperaba. Pudo observar de soslayo el coche oficial que emprendía la salida, escoltado por el grupo motorizado. El Presidente tomó asiento al tiempo que olisqueaba uno de los piñones recogido en su paseo. Se recostó con la cabeza atrás y los ojos entornados, intentando recordar el breve aroma de un recuerdo. Cuando sobrevolaba la capital de su distrito, la ciudad iluminada de fiesta se ofrecía como un crudo espejismo, tal vez demasiado real, demasiado caro.

CAMBIO DE AIRES

Fue una mala caída. Su madre ya le había advertido más de cien veces que tuviera cuidado con los árboles y, precisamente, había tenido que ocurrir ese día y allí, en la arboleda que rodea el internado del colegio Saint Paul. Ahora su madre y la familia quedaban lejos y, desde luego, que aquel verano se presentaba con un comienzo poco o nada halagüeño.

El profesor Tycho, un viejo catedrático casi a punto de jubilarse, más ocupado en pasear los libros que en dar clases que despertasen el de por sí distraído interés de algún alumno, fue quien se hizo cargo de su convalecencia. El profesor vivía en un ático de la barriada nueva, frente al colegio, aunque desde su amplia balconada se podía contemplar la parte sur de la ciudad e, incluso, el puente que cruza el río Delaware. Al menos, aquella panorámica compensaría la monotonía de la claustrofobia, que prevenía para todo el tiempo que durase su obligada estancia allí. Sin embargo, enseguida comenzó a cambiar su concepto del profesor Tycho, apenas le hubo tratado un poco o, mejor dicho, en cuanto se dejó tratar. Bajo aquella apariencia de viejo serio y malhumorado se hallaba una vitalidad jovial y un espíritu simpático, desbordante de ternura. La primera sorpresa fue al deshacerse de sus hábitos de profesor al llegar a la casa; sin la toga y el sombrero de borla, hasta el semblante del señor Tycho parecía sufrir una transformación. Sus bigotes canosos le daban un aspecto cómico, no resultaba difícil imaginárselo en sus años mozos preparando alguna que otra travesura. Su fama de hombre metódico y riguroso le había servido para espolear su conocimiento más allá de los libros o las aulas y, gratamente, sorprendía verle manejar los utensilios de cocina con la maestría de un experto, al mismo tiempo que cantaba La Traviatta o declamaba sus versos griegos preferidos. Para todo pedía consejo o consentimiento, ya fuera para el menú del día o para la lectura de la tarde, incluso, dejaba elegir qué tipo de música escucharían para aquel u otro momento. Era innegable que le sentaba bien sentirse ocupado en alguien, debió de haberse encontrado demasiado sólo anteriormente, pero, ahora, en compañía, recuperó con rapidez los resortes que

mueven la convivencia. Aprovechaba para volcar toda la responsabilidad de la que era capaz, cada vez que revisaba la cura; la herida pronto adquirió forma de cicatriz gracias a sus desvelos y ya había conseguido aventurar unos primeros pasos, titubeantes, cuando el profesor marchaba en las mañanas a sus quehaceres en el colegio. Así, los avances fueron notables y, en menos tiempo del previsto, se sintió con fuerzas y ánimo para continuar por sí solo su interrumpida andadura.

A medida que se iba aproximando el tan ansiado instante de su salida, también, por desgracia, empezaba a lamentar el inevitable hecho que ambos debían de afrontar. Sin duda el señor Tycho lo extrañaría todavía más que él; se había preocupado en hacer agradable su permanencia en la casa, y ahora resultaba más que probable que aún padeciese más esa sensación de abandono después de su ausencia. Aquella noche era la última, preveía que al día siguiente sería ya capaz de saltar, además no había parado quieto en toda la mañana, mientras el profesor asistió a la ceremonia festiva de la clausura del curso.

El señor Tycho llegó con gesto preocupado por la tardanza, repartiendo disculpas, pero sin poder ocultar su ilusión casi infantil de felicidad... Esa noche celebraron la fiesta a su modo, su despedida particular; había traído el postre que sobró del colegio, y que había pedido a tal efecto a la encargada de la cocina que, algo extrañada por la caprichosa osadía del viejo profesor, se lo preparó y envolvió con mimo. Durante la cena, el señor Tycho cantó y lloró de risa al recordar los primeros chistes de estudiante y alguna de las traviesas novatadas, de las que fue objeto al llegar a la universidad. Luego, como no podía faltar, declamó a Platón y a Aristóteles, se deleitó con algunos pasajes de La Odisea y de La Guerra de las Galias, conjeturando hipótesis acerca de la indolencia de la vida en aquel tiempo. A veces se quedaba solo, perdido en la pura elucubración y hasta se reía de sus propias ocurrencias... No cabía duda de que disfrutaba, se lo estaba pasando en grande. Sí, era un hombre excepcional, no podía tener queja del trato dispensado. A pocas personas había llegado a conocer tan de cerca y tan bien, gracias a aquellas circunstancias especiales.

A la mañana siguiente, puntual como de costumbre, el profesor marchó pronto al colegio. Salió sin meter ruido, con cuidado de no despertarle. Pero él llevaba en vela largo rato, desde que el alba se anunció en las rendijas de la ventana. Había llegado el momento de su partida, pero, antes, echó una rápida ojeada al lugar que hasta entonces había sido su refugio. Luego se acercó a la balconada y saltó... Los

primeros aleteos sobre los tejados le supieron a gloria, estaba en plena forma. Remontó cielo arriba, siguiendo el curso del río, contento. A su madre, además, iba a parecerle mentira todo lo que había aprendido con aquella experiencia.

EL TERRAPLÉN

Lo dejé caer casi sin pensar, de improviso:

—En el terraplén pasan cosas...

Se lo había oído repetir a mi madre, hasta la saciedad, así que no pude evitar que se me escapara, como por una inercia descontrolada, cuando la conversación dentro del corrillo de los muchachos adquirió tintes misteriosos. Claro que omití el matiz intencionado que mi madre le imprimía, amenazante, para que no anduviera lejos y regresase pronto a casa. Para los muchachos, jugar en el terraplén, hasta caída la tarde, representaba una aventura, además de un desafío a los mayores. El terraplén era el único espacio verde disponible, que conocíamos entre todo aquel laberinto de travesías y callejuelas, en plena ciudad. Allí podíamos corretear, a nuestras anchas, sin aparente peligro.

Esta vez, tan osada aseveración consiguió atraer todas las miradas hacia mí. Era la primera vez que esto me ocurría, cuando en las tardes de verano, ya cansados de pelear y de dar patadas al balón, los muchachos nos sentábamos en corro a contar historias, a cual más tenebrosa... Sin embargo, entrada ya la noche, los padres nos reclamaron y el interés despertado hubo de posponerse para otra próxima velada. Más próxima de lo que habríamos podido imaginar, ya que a la mañana siguiente, cuando aún el día no había acabado de despuntar, la calle entera despertó con los gritos desgarrados provenientes del terraplén...

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, hijo. Anda, desayuna...

No fue hasta el mediodía, en la mesa, a la hora de comer, cuando mi madre refirió lo acontecido; para entonces ya había podido hacerse con los pormenores del suceso. La señora Gracia había encontrado el cuerpo apuñalado de su marido, un policía ya jubilado, en las inmediaciones del terraplén, con el cuchillo aún clavado en la ingle. El caso apuntaba escabrosos detalles, pues encontraron el cadáver desnudo de cintura para abajo. En aquella ocasión, la prohibición de jugar en el terraplén se prolongó por un largo período, que los muchachos distrajimos en tardes de fútbol y, sobre todo, en especial

dedicación a las primeras chicas que aparecían en el barrio, una vez acabado el nuevo edificio que amplió el vecindario.

Eran los últimos tiempos del terraplén... En aquel empinado e irregular montículo de hierba, habían transcurrido batallas al más puro estilo romano, con flechazos y disparos, a caballo de una enfebrecida imaginación infantil; aquellos jinetes sobre monturas invisibles recorrían valles y cañadas, selvas y escarpadas montañas, parapetados en las dunas o entre la maleza, al acecho de un enemigo distraído... Un viejo árbol seco, al borde del terraplén, servía de campamento, punto de reunión y marcaba, también, el límite con el mundo de la calle asfaltada, los coches y los mayores. Enfrente, un enorme chalet levantaba sus fantasmagóricos tejadillos por encima de nuestras calenturientas cabezas, tan sólo ocupadas en los juegos. Desde el árbol, se podía contemplar la huerta y el pequeño corral de gallinas y patos, y las jaulas que custodiaban a los perros de caza. El dueño, un barbudo de aspecto huraño, siempre parecía estar ocupado en múltiples quehaceres y, aunque nunca dijo palabra, no ocultaba su desagrado por la presencia cercana de los chicos con un gesto hosco de pocos amigos. A pesar del escaso tránsito, se mostraba también díscolo y molesto a causa de las escalerillas estrechas de uso público, entre la casa y el terraplén, que comunicaban con la calle de arriba. Precisamente, por cerrar este paso para convertirlo en privado, tuvo varios altercados con la autoridad local y una afamada aureola de "loco obstinado" entre el resto de vecinos. Los muchachos, de hecho, rehuíamos su presencia, y abandonábamos el juego en torno al árbol colindante cuando el terco gruñón aparecía.

Ya casi nos habíamos olvidado de la prohibición, pero también del terraplén, a costa de tanta novedad y muchachas bonitas. Incluso, los juegos se transformaron de la ruda pelea al leve escarceo con las niñas, que obligaba a compartir cuerda o pita. Entre nosotros surgieron disputas, donde antes hubo amistad y, entre risas y engaños, nacieron las primeras parejas. Sin embargo, no me disgustó demasiado el cambio, pues si mis historias de terror no lograban cautivar a los amigos de siempre, algún otro encanto personal me proporcionaba las primeras satisfacciones entre las nuevas chicas, que sí se mostraban interesadas y cuyo modo de manifestarlo resultaba mucho más atractivo. Tal vez se trataba de un camino marcado, tal vez casualidad, pero, a modo de despedida de mi mundo anterior de niño, llevé a mi primera chica terraplén adentro, hasta el árbol. El terraplén olía a primer amor cuando caía la tarde sobre las altas colinas, donde antes

cabalgaron libres soldados y forajidos; no se oían ya disparos ni gritos de guerra, sólo el aire se sentía denso, la respiración acompasada en cada beso, entrecortada de anhelos recién descubiertos... Recostados bajo el árbol, cómplices en un abrazo prolongado, el terraplén nos mostró un sendero nuevo que no había hecho más que comenzar.

...La noche entraba antes con el final del verano, y ella, sacudiéndose las briznas, se incorporaba lenta para regresar cuando notó algo golpearle la cabeza... Miró hacia arriba y gritó. Las botas desgastadas tropezaron con su rostro, y un alarido largo apagó las últimas estrellas cuando contemplamos el cuerpo del hurano barbudo, colgado del árbol en trágica mueca... Estremecidos, los dos echamos a correr en la oscuridad del terraplén, de la mano, sorteando obstáculos y desniveles, aunque el susto no nos abandonó hasta mucho tiempo después.

Ese día el terraplén nos enseñó a correr por la vida. Nos brindó la oportunidad de tomar nuevos y distintos rumbos, pudimos así descubrir extensas llanuras, bosques, praderas y otros hermosos parajes de amplio horizonte. Cuando estoy lejos de mi tierra aquel terraplén se me aparece siempre como una isla añorada con nostalgia, un hito en el recuerdo, entre el pasado y el porvenir. Pero cuando regreso el terraplén sigue ahí, en su sitio, ahora algo más reducido, entre cascotes de ladrillo y escombros, pero siempre vivo a través del tiempo y de la memoria.

DEMASIADO DEPRISA

—¿Quieres hacer el favor de pararte quieto, Mike?... ¡Me estás poniendo nervioso!

Mike movía las piernas en el asiento de atrás, sin lograr encontrar acomodo; incluso Mollie, a su lado, se protegía con el codo de sus inquietos embistes.

—...¿Es que esta tartana no puede correr más deprisa? —gritó Mike, defendiéndose.

Llevaban toda la mañana dentro del vehículo, el espacio insuficiente y la fatiga hacían mella hasta en el más paciente. Tom, al volante, de carácter más templado, se giraba repetidamente con rápidas ojeadas hacia el asiento trasero, donde Mollie y Mike forcejeaban y discutían. Ella se recolocó la falda y se atusó la media melena rubia, al tiempo que recriminaba la intranquila actividad de su compañero de asiento...

—¡Si vuelves a pisarme te parto la cara!

En el asiento delantero, Willfred, el gordinflón, reía con estentóreas carcajadas, que acompañaba siempre con exagerados aspavientos al golpearse en las rodillas.

—¡Les hemos dado esquinazo, Tom, eres un campeón! —vociferaba entre una y otra risotada.

Mike debió de volver a las andadas, pues Mollie acabó por plantarle un sonoro bofetón, que no consiguió sino acrecentar las risas de Willfred.

—...Aprieta, Tom, ¡más rápido! —suplicó Mike, que se tapaba la mejilla enrojecida con el brazo.

—No, ahora no. Ahora toca esperar... —Tom sacó ese tono condescendiente que da la veteranía de erigirse en líder de la banda, lo que explicaba por qué era él quien manejaba el volante.

Desde la ventanilla, observaron la sucursal bancaria al otro lado de la calle. Era casi mediodía, y el ajetreo alcanzaba su punto álgido, el tráfico intenso inundaba la avenida central, y un continuo fluir de gentes se mezclaba con los ruidos y las luces intermitentes de los semáforos.

Mollie se fijó en el niño que surgió de la transversal, dispuesto a cruzar la calle en dirección al puesto de helados. En ese momento, el heladero recogía el carrito. Un vehículo apareció de súbito en la curva, cuando el semáforo aún no se había cerrado. Desde las ventanas, una pareja de ancianas se estremeció, mientras alertaban al chico... Mollie se tapó la boca con las dos manos, pero no pudo evitar se le escapara un grito.

—¿...Qué pasa? ¿por qué has tenido que chillar así ahora, eh? — increpaba Mike, molesto, intentando ponerse en pie, dentro del coche.

Willfred parecía haber tocado techo con sus carcajadas, y sólo emitía un resoplido entrecortado, del todo ininteligible. Tom devolvió la calma una vez más con su aplomo de jefe experimentado, sus palabras surtieron el efecto deseado, y todos regresaron concentrados a la realidad que les tenía allí reunidos:

—Mirad, ahí llega lo que estábamos esperando.

En la acera de enfrente acababa de aparcar una furgoneta blindada, como cada sábado último de mes, para recoger la recaudación del banco. Dos agentes uniformados se apearon en actitud alerta, vigilando hacia todos los lados, con movimientos mecánicos y rápidos. Uno de ellos portaba las sacas, mientras el otro no despejaba las manos del cinto. En actitud vigilante escrutaba entre los transeúntes como si pudieran adivinar quién podía convertirse en un peligro potencial.

—...¡Llegó el momento, muchachos! Estad preparados... —les conminó Tom.

—¿Tenéis todos las armas listas? —Will acababa de hacer la pregunta cuando Mike chilló histérico, desde atrás.

—¡No, ahora no! Vienen...

Tom pudo vislumbrar, desde el retrovisor, el automóvil de la policía que, lento, se acercaba hasta detenerse justo detrás de ellos. Las risas de Willfred se helaron y Mike parecía petrificado, inmóviles, cuando vieron descender del coche al policía y acercarse hasta ellos. El agente saludó, se asomó a la ventanilla y observó a los integrantes del grupo y el interior del coche...

—...¡Venga, chicos, ya está bien por hoy! Este no es sitio para jugar...

Casi al mismo tiempo llegaba la madre de Mollie, que desde el jardín había contemplado toda la maniobra.

—...Se lo tengo dicho mil veces, agente, pero no puede una descuidarse. ¡A casa, Mollie, sal de ahí!

Los cuatro chicos salieron asustados, serios, cruzando miradas de complicidad. Tom no dejaba de observar de soslayo al agente, que con los brazos en jarras, sonreía.

—Sí, señora, vendrán a retirarlo. Ya lleva aquí abandonado más de cinco meses.

Willfred infló los mofletes, intentando contener la risa, mientras Mike echaba a correr calle abajo, apresurado, por lo que pudiera acontecer. Mollie entró en la casa farfullando, delante de su madre, incómoda por su repentina aparición...

—...Vaya, mami, precisamente ahora que...

Tom se volvió hacia el policía con las manos en los bolsillos, encogiendo los hombros:

—¡No hemos hecho nada! Eso no anda.

SIEMPRE AMIGOS

Tampoco esa mañana le costó madrugar, a pesar de que era su última semana en la biblioteca. Durante más de veintinueve años no había faltado jamás a su puesto de trabajo, ni una enfermedad ni un momento siquiera de perezosa desgana se cruzaron en su camino o por su mente. Si bien recordaba la dureza de los comienzos, acostumbrado a otros quehaceres, en los que la fuerza física predominaba, y a ir dando tumbos, también, de un trabajo temporal a otro, pronto se le hizo cómodo el ritmo cuadriculado, pero armónico de su horario cronometrado en la biblioteca. A decir verdad, no sospechaba que aquella ocupación se convertiría, con el paso de los años, en la estabilidad definitiva; gracias a ella, pudieron hacer realidad sus proyectos de familia. Aunque no tuvieron hijos, adquirieron una hermosa casa, que Emily se ocupó, gustosa, de tener siempre bien arreglada, tan limpia y presentable que "si les visitara la misma realeza, de nada habrían de preocuparse", ejemplo con que solía ella misma defenderse de los continuos intentos de su marido por convertirla en un anexo del trabajo.

—...Libros, libros, ¿acaso vas a ofrecer sólo eso a las visitas?

Sin embargo, las visitas no sólo resultaban escasas, sino que podía afirmarse que no existían. Les bastaba, no obstante, con su ordenado círculo repetitivo de conductas vitales, de casa a la biblioteca y vuelta a lo mismo; algún paseo o excursión, en aisladas ocasiones, y otra vez de regreso a la inflexible rutina del hogar. Después de toda una vida, Theo veía llegar el trabajo a su hora final, el viernes siguiente ya estaría jubilado, precisamente ahora que necesitaba distraerse más con una tarea, ahora que faltaba su esposa y el único tiempo que sobraba lo acaparaba su ausencia.

El año anterior, Emily le dejó para siempre tras una larga enfermedad, de la que no logró recuperarse. Primero empezó con ligeros mareos, hasta que terminó por perder la memoria por completo, ni a él lo reconocía; así que Theo se vio obligado a recurrir a un sanatorio, en el que atendiesen a su esposa como era debido. No era lo mismo salir del trabajo y estar con ella, antes de regresar a casa; pero al menos le hablaba y, aunque ella no atendía, a él le confortaba su sola presencia. Sin embargo, le asustaba enfrentarse a todo un día por delante, sobre todo, ahora que había adquirido un ritmo metódico de vida. Desde

luego, no era el mejor momento para empezar de nuevo, y tampoco tenía el ánimo dispuesto para ello.

Desde la desaparición de Emily, lo pensó muchas veces, no quería tener un final así, perder el puro entendimiento le parecía lo más horroroso que podía sucederle a una persona. Él vivió a su lado en sus últimos momentos, y lamentaba los estragos de la enajenación, todo el bagaje cultural del ser humano se borraba sin remedio ni futuro. Tampoco es que, en su juventud, destacara en sus estudios, pero aquel puesto de bibliotecario le había ayudado a ganarse el jornal y, además, le había propiciado una cultura nada desdeñable que atesoraba con merecido orgullo.

Primero, en los ratos libres, luego llevaba las lecturas a casa, y las devolvía como un estudiante inscrito más. A su esposa no le desagradaba la idea de que él leyera casi como si devorase los libros, le atraía su avidez de conocer; sólo se mostraba adusta ante la insistencia para transformar su salón de estar isabelino en una habitación plagada de sosas estanterías, repletas de libros. Ahora, sin embargo, Theo dio, por fin, rienda suelta a su sueño y, cuando volvía del trabajo, podía sentarse en su salón rodeado de los clásicos del saber de todos los tiempos; ella, si viviese, se lo disculparía. Su vida se había convertido, al final, en un ir de una biblioteca a otra, pero tal era su deseo y felicidad. A veces, buscaba durante horas, hasta hallar el manuscrito referido por la bibliografía; entonces, su satisfacción era inmensa, aprovechaba cualquier instante de calma para leerlo en su mesa de trabajo. En una ocasión, la búsqueda le llevó varios meses, hasta dar con un ejemplar empolvado por el que recibió las felicitaciones de sus superiores. Se trataba de un volumen único, de considerable valor, que, enseguida, pasó a la sala de personalidades ilustres, en vez de dejarlo en la de atención al público. Sobre todo, por las tardes, cuando marchaban los más jóvenes, gozaba de una mayor oportunidad para dedicarse de pleno a sus libros.

Sin embargo, la preocupación le rondaba desde hacía semanas, desde que una tarde se topó con un cliente que le preguntó por un título, mientras rebuscaba entre los estantes de la biblioteca. No había nada extraño en solicitar una lectura juvenil si bien quien se lo pedía iba ataviado de pirata... Lo volvió a encontrar algunas tardes más, junto a otro acompañante, revolviendo entre los libros de aventuras, pero no quiso prestarles más atención de la debida. Además, andaba muy enfrascado en la lectura de "La Batracomiomaquia", una joya que se

había regalado él mismo para celebrar su jubilación como más le gustaba, y pensaba continuar leyéndolo en casa.

En aquel su último día de despedida le distrajo el tono elevado de las voces, detrás de los estantes. Se acercó para reclamar el silencio apropiado, que debía respetarse en aquel lugar, a pesar de que la sala de lectura estaba vacía... Esta vez fue el acompañante del pirata el que habló:

–¿...No me diga que no sabe quién soy?

–Por favor, señores, hablen más...

–Pero a mí sí, ¿no?... –le interrumpió el vozarrón del pirata– ...Pues claro, hombre,...¡Jhon Silver! ¡El mismo! ...Le presento a mi amigo, ¡el capitán Nemo! ...¿A que ahora sí?

–...Miren, señores, no sé si... –Theo balbuceaba, arrinconado en una esquina de la biblioteca, tratando de poner en orden sus aclaraciones ante un par de hombretones que no parecían tener intención de atender a razones...

–¡No me diga ahora que no...! –volvió a inquirir el de la barba más recortada.

–...Sí, claro, les leí de muchacho, pero... –trató de objetar sin éxito.

–¡Pues entonces, amigo! ...Mira, ven, vamos a firmarte una dedicatoria por tu amable detalle...

Theo andaba de verdad inquieto, pues, ahora que recordaba, al que se hacía llamar Nemo lo había visto en la calle, en el trayecto desde su casa, en varias ocasiones. Aquella situación no podía traer nada bueno para su necesidad de paz y bienestar, cuánto debió sufrir la pobre Emily...

A la mañana siguiente, cuando la señora de la limpieza abrió la biblioteca, se encontró a Theo tumbado sobre la mesa, con el rostro hundido en un libro... Se temió lo peor y, apresurada, alertó al guarda que entraba en ese momento. Para cuando llegó el director de la biblioteca ya se había personado la policía; entre todos aguardaban el diagnóstico del forense, encerrado en la biblioteca con su ayudante y el difunto Theo...

–...Ya es mala suerte, ¡se jubilaba mañana! –se lamentaba la limpiadora, afectada.

El director de la biblioteca se aflojó la corbata para respirar mejor, iba a cumplir los mismos años que aquel empleado...

–Sí, era su último día...

CAUTIVOS

Ya no podían recordar el fragor de la batalla. Habían pasado a engrosar las filas del bando de las víctimas desconocidas. Los trasladaron desde aquel gran campo, donde habían estado concentrados, pero sin aparente mejora de las condiciones a las que antes fueron sometidos. Si allí la suerte se dirimía por un fortuito azar, ignorado por los encerrados, aquí la situación no variaba en conjunto, sino que, incluso, se añadían severas complicaciones, que imposibilitaban mantener una moral digna en el transcurrir cotidiano. En su penoso cautiverio había visto desaparecer multitud de compañeros de celda y, ahora, compartía el apretado espacio del nuevo lugar con varios de ellos, algunos dañados por la tortura y la extorsión continua. La única luz que inundaba el recinto provenía del amplio portón, tras el que eran custodiados. El momento en que se abría era el más temido y, aunque solidarios en su temeroso penar, cada uno se estremecía ante la inminencia del final cercano. Esta vez, apareció el fiero guardián de enormes facciones y rostro barbudo, sus manos gordas y fuertes empujaron fuera de la celda a uno de los más jóvenes. Los demás respiraron sudorosos, agolpados en la oscuridad y, en silencio, se preguntaban cuánto tardaría en regresar o cuándo llegaría su turno. Todos tenían una historia detrás, aparte de aquel código de barras que les marcaba la espalda. Si alguna vez conocieron tiempos mejores, ninguno lo recordaba ahora, pues su vida pendía de un inseguro hilo, tan débil que para otro tipo de seres no existía ni merecía consideración.

Cuando se abrió de nuevo el portón principal, contuvieron el aliento. El joven compañero regresó más delgado y desmejorado, su aspecto debilitado, daba lástima y, exhausto, se lamentó del maltrato sufrido. Los demás cruzaban miradas, inútiles ante el suplicio, incapaces de tomar una determinación que resolviera su encarcelado futuro. No sucumbir al derrumbe psicológico que representaba este constante fluir de atropellos se había convertido en el objetivo victorioso de la supervivencia...

—...Resistir es vencer. —le oyó decir al compañero de al lado.

Lo había oído tantas veces que ya no encontraba consuelo en la desgracia ajena, sobre todo, cuando le tocó el turno a él. Entonces era diferente, entonces hasta sobraban las palabras, no sobraban los lamentos porque nada había capaz de acallarlos. Ahora ya sabía que volvería a repetir la fatal experiencia, que se sucederían las dudas e inquietudes, a cada instante, y que, en un lento suceder de miedos y castigos, acabaría extinguiéndose en su mísero encierro sin opción a plantear oposición alguna. Mientras tanto, hasta que sus fuerzas quedaran mermadas, pagaba la novatada de los comienzos, y llevado por el fragor de la circunstancia, en ardiente mitin a los compañeros cautivos, amenazaba con salir de allí algún día, y dar a conocer los hechos... Sin embargo, al día siguiente, volvieron a sacarlo de la celda y su cabeza calva fue restregada hasta desgastarse en la axila velluda del guardián...

—¡Llegará el día en que mi mensaje se expandirá a los cuatro vientos! — susurró a su regreso...

El agua de colonia y el dentífrico suspiraron resignados ante los improperios del desodorante, que hundía sus penas en la oscuridad de la celda, mientras el resto de sus compañeros le disculpaban.

MEDIA DISTANCIA

La noche tiene nombre de calle en cualquier lugar del mundo, y, en aquella ciudad, una tenue sombra alargada hacía las veces de guía, entre un laberinto de misterios presentidos. De sus años de navegación, había aprendido a mantener tenso el resorte que envuelve los recuerdos y, ahora, se sentía capaz de pulsar el hilo invisible que los aviva. Fue, tal vez, por eso, tal vez, por el rastro inconfundible que el salitre proveniente del puerto dejó a su paso por lo que penetró en la atmósfera calma de la calle, un río de luces que ascendía, con sus orillas salpicadas de locales nocturnos, ávidos de otra dosis más de bullicio. La música de los bares salía al encuentro, para invitar al instante, sin apenas transeúntes; se podía distinguir del espectáculo solo por la cadencia o lo estridente del ruido. Aventuró sus pasos tras la cortina de humo, que daba la bienvenida entre sones del trópico, orquestados y rítmicos, y ocupó el lugar donde la barra se curvaba, esquivando una columna para observar mejor la pista de baile. Un tumulto de cuerpos seguía el compás –danzar era imposible– con movimientos sinuosos y, en las mesas bajas, las parejas solazaban sus conversaciones de besos y abrazos fundidos. Por segundos, se caldeaba el ambiente y, a los pocos minutos, no podía evitarse formar parte de aquella vorágine, frugal y embaucadora, de atractivas promesas, a cual más tentadora. Bellas mujeres paseaban su estilizada figura en busca del galán perdido; otras esperaban y, mientras, soñaban con lo que hablar, incluso con bailar. Ellos, en grupo, apostando atrevimientos sin conseguir desafiar su naturalidad, porque era su fiesta de alcohol, otra de tantas: voces, griterío, salto, contorsión... En la esquina, una guapa muchacha lloraba el asedio, corrida la pintura de sus ojos, hasta que una amiga llegó al rescate y ambas huyeron hacia el aseo, con el gesto acostumbrado de la diversión maltratada.

No tardaron en acercarse, no pudo observar si salieron del mismo nudo del tumulto o si, a modo de espejismo calculado, coordinaron su cómplice estrategia, pero, enseguida supo que venían hacia él... Tampoco le pasó desapercibido el aroma de sus hermosos cuerpos, mientras coqueteaban con el acicalado joven que tenía al lado, junto al mostrador, algo amanerado, quizás o, al menos, eso le pareció a él. Ante la dificultad para escucharse, los tres optaron por alejarse de los

altavoces, hacia el fondo, al amparo de la penumbra. Luego, cuando parecía que la melodía iba a reemplazar el halo embriagador impuesto por el ritmo, le distrajo el forcejeo dentro de la pista. Un par de mozos de seguridad se abrieron paso hasta el lugar de la pelea: gritos, chillidos, alguno histérico, y puños en alto que ensanchaban más aún el escenario del incidente, casi anunciando el final obligado de la velada.

En la calle, le pareció vislumbrar el rostro de alguien conocido, pero, al fijarse con más detenimiento, comprobó el desliz de su intuición. En otros viajes, aquel sexto sentido le había servido de gran utilidad para conocer nuevas gentes y vivir originales experiencias, inusuales y arriesgadas, incluso, pero, ahora, era un veterano que no buscaba nada, casi se conformaba tan sólo con vagar y respirar, junto al deleite mismo de la aventura. Todo en aquella empinada cuesta le resultaba demasiado familiar, y encaró las escalerillas que, por una transversal, abandonaban la iluminación de la calle. Cada peldaño, cada rincón, cada paso que daba era el mismo camino de siempre; cada fachada, cada balcón, parecían hablarle, contarle secretas confidencias de otro tiempo... Él también reconoció el portal, la madera arañada del pasamanos en el rellano de la escalera, los mármoleos escalones con bordes desgastados, de tantas idas y venidas, las macetas descoloridas del descansillo y el olor a vegetal, denso. Giró despacio la manecilla al abrir, y entró en silencio, intentando evitar el tablón flojo del pasillo que rechinaba. Pasó de puntillas delante de la habitación de los niños, como si todavía durmiesen ahí, como si no tuvieran su propia casa. Antes de entrar al dormitorio, se acercó al despacho y posó la chaqueta doblada sobre la silla y, durante breves instantes, contempló la foto de su jubilación y la placa que le regalaron en la despedida... Luego, entró al cuarto donde dormía su esposa, se desvistió y, sentado en la cama, se descalzó para acostarse con cuidado, para no despertarla, aunque ella ya le había oído llegar. Ella sabía que después de tanto trabajar le gustaba darse un garbeo y, sobre todo ahora, después de toda una vida de viajes, se conformaba con sentirse cerca del lugar que amaba. Ella sabía que le gustaba acercarse a visitar la calle donde nació. Era su viaje de media distancia, el único que le quedaba.

EL REPORTAJE

No había tiempo que perder y, de inmediato, puse manos a la obra. Abrí el maletín y rebusqué en el fondo, hasta dar con el muestrario. Escogí el punto de vista más apropiado para el tema. Antes, avisé al narrador para que respetase la distancia, pues ya me disponía a manejar la herramienta. Habían sido unas jornadas de ardua tarea y enconado esfuerzo, cuando aún parecía imposible imaginar el aspecto final de la recompensa. Sin embargo, desde el principio, flotó en el ambiente un cierto halo de compromiso que acabó por impregnar de veracidad el espíritu que animaba cada intención. A tal fin, desatornillé un par de palabras, apresadas entre adjetivos. La frase henchida, y por fin libre, consiguió ahora acertar con la distraída atención de aquel lector desconocido. Me paré a reflexionar sobre él, por unos momentos, pensé que se merecía que le dedicara ese instante solidario, más que caritativo. Después, escuché... Y entonces la brisa adquirió el tono esperado.

Quizás, la intensa concentración desatada bien merecía un descanso, tal vez un tentempié, pero ya no podía aguantarme más las ganas, así que me dirigí cuesta abajo, fuera del recinto, hasta la curva que se adentra entre los pinos. Allí, dejé la carretera y caminé sobre la hierba, hasta el acantilado, me detuve en la orilla rocosa y aguardé el paso de la primera serie de olas. Luego, posé suavemente la obra sobre el agua, para observar la evolución de sus movimientos.

Regresé al taller, pendiente arriba, ávido por dar la noticia. Todos esperaban con una pregunta dibujada en el rostro. Entonces, en voz alta, afirmé:

—¡Sí, flota!

Una sonrisa iluminó la tez del profesor, contagiado por el entusiasmo, que apostilló:

—¿Os dais cuenta...? ¡Es posible!

Todos se arremolinaron frente al ventanal para contemplar la silueta elegante de la nave, recortada entre los azules de cielo y mar. La

embarcación enfilaba rumbo al cabo, mar adentro, dejando a un lado el pequeño islote del faro. Callados, parecían asentir en silencio, agradecidos... Ahora, por fin, ya tenían algo que leer en la línea del horizonte.

Taller de Narrativa
UIMP Santander, 2002.

F I N

El AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Cursó estudios de Filología Hispánica y ha publicado “Escritos Para Vivir” (1998), su primer libro de poemas; y “Era Un Bosque” (2004), de relatos. En la actualidad trabaja en una selección de relatos donde la prosa adquiere una dimensión poética emocional.

El autor.
luistamargo@saludalia.com

** Colección “Son RELATOS”: (c) Luis Tamargo.*

SANTANDER
2006